

HARVARD UNIVERSITY
DEPARTMENT OF HISTORY

201 ROBINSON HALL • CAMBRIDGE, MA 02138

TEL (617) 495-2556/2545

FAX (617) 496-3425

SPANISH LANGUAGE EXAM
September 12, 2008, 10:00am

Translate any two of the following passages into literate English. Put accuracy of the rendering before style, but try to make the translation readable. You may use a dictionary.

1

FROM Javier Portús, "Infiernos pintados: iconografía infernal en la Edad Moderna hispánica," in María Tausiet & James Amelang, eds., *El diablo en la Edad Moderna* (Madrid: Marcial Pons, 2004), 253–275.

La Edad Moderna no generó la extraordinaria profusión de imágenes del infierno a que dio lugar la Edad Media (especialmente en el románico), debido a los cambios en el pensamiento religioso y en las formas de narración artística que se produjeron a partir del Renacimiento. Desde finales del siglo xv el infierno ya no forma parte fundamental de grandes ciclos pictóricos o escultóricos, sino que se representa por lo general de manera subsidiaria y marginal. Sin embargo, su iconografía ofrece una gran variedad de tipologías y una extraordinaria riqueza descriptiva. Junto con imágenes que derivan del viejo mundo medieval, conviven otras en las que sus creadores dan prueba de una gran capacidad de invención. De hecho, fue un asunto que interesó a algunos de los artistas más interesantes y originales de esos siglos, como El Bosco—extraordinariamente deudor de la iconografía tradicional y, al mismo tiempo, dueño de una desbordante capacidad de invención y de un estilo pictórico de gran personalidad y enorme eficacia descriptiva—o, ya a caballo entre la Edad Moderna y la Edad Contemporánea, William Blake, que lleva a cabo una revisión drástica de la iconografía tradicional, y en cierto sentido es capaz de construir una especie de épica del infierno huyendo de la descripción anecdótica hasta entonces predominante.

Aunque más discretas, las representaciones infernales relacionadas con el mundo hispánico, tanto en la Península Ibérica como en América, presentan una amplia casuística, nos permiten acercarnos a lo que se pensaba sobre el Más Allá, ofrecen la posibilidad de contemplar al demonio dentro de sus reinos, y dejan ver cómo en un espacio cultural parecido convivían formas y tradiciones distintas de representación. ...

El punto de partida a la hora de estudiar las representaciones del infierno en la España de la Edad Moderna es la tradición medieval, que lo concibe como un lugar con características físicas concretas y en el que tienen lugar una serie de penas y castigos muy determinados, con frecuencia directamente relacionados con la naturaleza del pecado que ha llevado al condenado a esa penosa situación. Es un tema que propició extraordinariamente la fantasía en la representación de los seres monstruosos, muchas de

cuyas escenas, no obstante, respondían a un código. Las pervivencias medievales en la iconografía infernal moderna fueron muy numerosas. Sin embargo, no faltan imágenes que propongan una visión distinta, y que traten de poner orden en ese aparente caos. No es casualidad que entre ellas se cuenten las de mayor calidad estética, pues existe cierta posibilidad de distinguir (en cuanto a expresión plástica) un infierno humanista y racionalizado de un infierno popular, que es el reino de la fantasía y el abigarramiento y que entronca directamente con la tradición anterior.

2

FROM José Ortega y Gasset, "Parerga: Cosmopolitismo," *Revista de Occidente* 6 (1924): 343–352.

En el paisaje de la postguerra se acusan entre otros, con creciente claridad, dos fenómenos que al ser enfrentados facilitan su recíproca definición. Uno de ellos es el *internacionalismo* representado por la *Sociedad de las Naciones*; otro es el *cosmopolitismo* de ciertas minorías intelectuales.

La *Sociedad de las Naciones* contaba con grandes medios para llegar a constituir un poder real y eficiente en la vida europea. Se la ha dotado con abundantes recursos económicos, se ha hecho amplia propaganda de su institución, encontraba en cada país fuertes partidos políticos organizados que simpatizaban con sus propósitos. Sin embargo, la *Sociedad de las Naciones* no ha logrado conquistar corporeidad alguna en la existencia histórica. Es un fantasma nato que arrastra un signo espectral. No es una fuerza nueva que intervenga de manera apreciable en el proceso universal. Por lo menos—y esta dimensión relativa del fenómeno es la única que ahora interesa—existe una enorme desproporción entre los medios con que cuenta y la realidad que posee. El internacionalismo que aspiraba a instaurar no ha avanzado un solo paso. Las naciones son hoy más nacionalistas, menos internacionalistas que en 1919.

En cambio, desde 1920, sin que nadie se lo haya propuesto ni lo haya enunciado como programa, sin acto alguno ni siquiera intención de propaganda, sin aparato ni instrumento de ninguna clase, ha acaecido el hecho de que la gente mejor del gremio intelectual en Europa y América se encuentra, sin saber cómo, reunida en la más estrecha convivencia. No se sabe si lo más sorprendente de este fenómeno es la rapidez o la espontaneidad con que se ha producido.

En cada país hay una o varias docenas de hombres que se sienten más próximos de otros individuos habitantes en otros Estados que del resto de su propia nación. Sin premeditarlo, se sorprenden en todo instante atentos a lo que esos espíritus lejanos hacen o dicen. Más aún, por una extraña telepatía que procede de la armonía preestablecida entre sus almas, presienten los pensamientos de esas mentes afines.

Desde España hemos podido percibir claramente este suceso. Que un escritor alemán atienda a otros de Inglaterra o de Francia, y viceversa, pudiera atribuirse a curiosidad sospechosa o, cuando menos, al natural prestigio que el vencedor tiene para el vencido o para el vencedor la víctima difícil. Pero que los hombres de más fino espíritu residentes en estas grandes naciones se interesen por la labor y las maneras de los que trabajamos en un país políticamente decaído como España, es un síntoma nada equívoco de que sobre el mundo comienza el pausado triunfo de la generosidad.

FROM Jorge Orlando Melo González, "Las vicisitudes del modelo liberal (1850–1899)," in José Antonio Ocampo Gaviria, ed., *Historia económica de Colombia*, rev. ed. (Bogotá: Planeta, 2007), 135–194.

La población colombiana de la segunda mitad del siglo XIX era eminentemente rural, lo que corresponde a una estructura económica en la cual la actividad principal era la agricultura. ... La ciudad más grande, Bogotá, pasó de unos 30.000 habitantes a mediados de siglo a quizá 100.000 a finales. Hacia 1850 los demás núcleos urbanos eran esencialmente pequeñas localidades en las que todavía buena parte de la población realizaba tareas agrícolas, centros comerciales para una comarca y centros administrativos o artesanales. No hay indicios de que entre 1850 y 1870 estuviera en marcha un proceso amplio de urbanización. Sin embargo, el auge comercial impulsado por la creciente vinculación al mercado mundial fue reforzando poco a poco, sobre todo a partir de 1870, a algunas ciudades comerciales. De este modo, para fines de siglo, Bucaramanga, Cúcuta, Cartagena, Cali y Manizales habían sobrepasado los 20.000 habitantes; Barranquilla probablemente tenía más de 30.000, favorecida por su condición de principal puerto del país; Medellín, donde comenzaba a surgir una industria incipiente y se habían expandido el comercio y los negocios estimulados por el café, pasaba ya de los 50.000 habitantes.

En cuanto a la estructura ocupacional, el censo de 1870 fue el único que recogió información acerca de la actividad económica de la población. A pesar de que los criterios de clasificación no siempre son claros, incluso es posible que tuvieran mucho de arbitrarios, permiten formarse una visión aproximada de la estructura de trabajo de la población. De la misma forma, para 1892 existe un estimativo derivado de las ocupaciones de los padres de los niños nacidos en el primer semestre de ese año. Estas cifras muestran el claro predominio de la actividad agrícola entre los varones, y la elevada proporción de mujeres dedicadas a trabajos artesanales. Las 250.000 mujeres que figuran como artesanas en 1870 se encontraban concentradas en los departamentos de Santander, Boyacá y Cauca, donde dedicaban su tiempo libre a hacer, usualmente en el hogar, trabajos textiles (hilado y tejido de algodón, lana y fique), a la elaboración de cestas y sombreros y a trabajos con barro. Como corresponde a una sociedad fundamentalmente agrícola, prácticamente la totalidad de los varones aparecen como trabajadores, incluidos los jóvenes que apenas habían llegado a la adolescencia.